



### CAPITULO XIII.

### ANTONINA Y NICETTE.

Era muy temprano aun para que Nichette se presentara en casa de la señorita Devaux; pero la modista se habia hecho á sí propia esta reflexion: hoy es domingo; estamos en Estío; hace un dia hermosísimo, y hay muchas probabilidades de que Antonina se vaya al campo con su padre; porque hay que advertir que la griseta no abandonaba aun la preocupacion de que todo el mundo debe irse al campo los domingos, y ademas, ella observaba la máxima de que: lo que se puede hacer hoy, no se debe dejar para mañana.

Habiase, pues, puesto un lindo sombrerito de paja, un chal de los que vulgarmente llaman *thibet*, y despues de haber llenado su caja de carton con todas las maravillas que habian producido sus preciosos dedos, habia tomado el camino de la calle de Lille, donde encontró á Edmundo, como hemos visto.

Cuando Nichette se presentó, la señorita Devaux se hallaba en el gabinete de su padre, á quien todas las mañanas iba á abrazar.

—Señorita, entró á decir la señora Angélica á Antonina, ahí está una persona que pregunta por vd.

—¿Cómo se llama? dijo Antonina.

—Es una jôven: dice que no la conoce vd. y trae una caja de carton bajo el brazo.

—Será alguna vendedora de encajes y fruslerías, dijo el señor de Devaux. ¡Anda, anda á hacer tus compras del mes!

El señor Devaux abrazó á su hija, y continuó escribiendo un libro en el cual hacia dos años que trabajaba, y que debia esclarecer á la medicina sobre el verdadero lugar donde reside la vida.

Antonina corrió á su aposento.

—¿Pues dónde está la persona que me busca? preguntó.

—Está esperando en la antesala, respondió la señora Angélica.

—Dígala vd. que entre.

Entró Nichette.

La señorita Devaux no pudo dejar de admirar la hermosa fisonomía de la modista; admiracion que demostró, y que no desagradó á nuestra amiga.

—¿La señorita Devaux? preguntó Nichette.

—Yo soy, contestó Antonina.



La señora Angélica, cuya mision era no separarse de Antonina en semejantes casos, lo escuchaba todo de pié con las manos cruzadas sobre el vientre; porque la buena viuda era gorda, y, como todas las personas gordas, tenia el vientre prominente, lo cual le permitía reposar sobre él sus manos.

Nichette hubiera querido alejar aquel impertuno testigo, con el cual no habia contado, porque comprendia que delante de él la señorita Devaux no se atreveria á manifestar sus ideas.

—Vengo, señorita, repuso Nichette, para enseñarla á vd. algunos modelos de sombrerillos, fallas, figuras y bordados de última moda.

—Veamos, veamos! exclamó Antonina sentándose, y clavando sus miradas sobre la caja que Nichette habia colocado sobre una silla, y que ésta se disponia á abrir.

—Es lo mas nuevo, lo mas elegante; volvió á decir Nichette.

—¿Viene vd. del cajon de modas de la calle de Bac, del *Rosa de Bengala*?

—No, señorita, respondió Nichette que comprendió que se presentaba la ocasion de alejar á la aya, si, como no lo dudaba, Antonina habia tenido la curiosidad de indagar el apellido de Edmundo: yo no pertenezco á ningun almacen; trabajo en mi casa, y vengo de parte de personas que conocen á vd., para quienes trabajo, de parte de la señora de Péreux.

—Ah! ¿Conoce vd. á la señora de Péreux? preguntó Antonina con admiracion y casi con alegría.

—Oh! mucho, señorita; es una de mis mejores marchantes.

—¿Y ella es la que dió á vd. las señas de mi casa?

—Ella misma.

—Es estraño.

—Por qué, señorita?

—Mi buena Angélica, dijo entonces Antonina dirigiéndose á su aya, en vez de contestar inmediatamente á la pregunta de Nichette, ¿tendrá vd. la bondad de hacerme un favor, que vd. sola pueda prestarme?

—Cuál?

—¿Quiere vd. ir á casa de mi costurera, y decirle que en vez de hacerme el vestido con pasamanería azul, como se lo encargué, se la ponga color de rosa, si es tiempo aun?

—Voy inmediatamente, dijo la buena señora que estaba muy distante de imaginarse el motivo porque Antonina preferia de repente los adornos color de rosa á los azules.

—Está un poco léjos, añadió Antonina; pero no nos pondremos á la mesa ántes que vd. venga.

Esta advertencia pareció agradar bastante á la señora Angélica, quien inmediatamente se puso su chal y su sombrero, y se dispuso á partir.



—Podría enviar al criado, la dijo Antonina en voz baja y salamera; pero temo que vaya á cometer alguna torpeza.

—Tiene vd. razon.

—¿Le gustan á vd. los *figaros*, señora Angélica?

—Por qué...?

—Le gustan á vd?

—Sí, con estremo.

—Eso es todo lo que yo deseaba saber.

—Va á regalarme un figaro, pensaba la aya al bajar la escalera: con tal que me lo escoja con listones punzó...!

—El nombre ha producido su efecto, se decía Nichette: vamos bien... es esta una niña preciosa....

Durante este tiempo Nichette habia abierto su caja.

—Siéntese vd., la dijo Antonina; así estará vd. mas cómoda, y al decir esto, Antonina acercaba su silla á la de Nichette, y colocaba la caja sobre sus rodillas.

—Puesto que le gustan á vd. los adornos color de rosa, la dijo Nichette, aquí hay fallitas para dormir, de ese color, que le agradarán á vd. sin duda.

—¿Conque vd. es quien trabaja para la señora de Péreux? preguntó la señorita Devaux.

—Henos ya en materia, pensó Nichette, y añadió en voz alta: Sí, señorita.

—Y ¿qué edad tendrá la señora de Péreux?

—Es todavía muy jóven; tendrá treinta y nueve años; pero parece demasiado jóven, añadió la modista con el tono mas natural del mundo, cuando se piensa que tiene un hijo de veintitres años.

—Ah! con que tiene un hijo? preguntó Antonina, aparentando examinar con la mayor atencion una falla que Nichette acababa de presentarla.

—Sí, repuso la modista, tiene un hijo, un jóven muy buen mozo, de carácter muy dulce, lleno de talento y de bondad, y que ama á su madre...!

—Lo conoce vd? dijo Antonina, cuya voz comenzaba á temblar.

—Muchísimo: lo veo con frecuencia en casa de la señora de Péreux.

—Esta falla me agrada... me quedo con ella, murmuró la señorita Devaux, para aparentar que variaba de conversacion.

—¿Quiere vd. que se la pruebe? replicó Nichette parándose y disponiéndose como si fuera á peinar á la doncella.

—Con muchísimo gusto.

—La sienta á vd. maravillosamente!... exclamó Nichette despues de haber mirado en el espejo el efecto que producía la falla sobre la cabeza de la hija del médico.

—Cuánto vale? preguntó ésta.



—Oh! muy poco. Ya hablaremos del precio despues, cuando haya vd. hecho su eleccion.

Antonina se quitó la fallita, la puso á un lado, y volviéndose á semar, dijo:

—Qué mas tiene vd. que enseñarme?

Registróse de nuevo la caja de carton.

Nichette se guardaba muy bien de ser ella la primera que hablara de Edmundo; ademas estaba segura de que Antonina llevaria á ese terreno la conversacion. Esto no tardó mucho.

—Me parece que mi padre conoce á ese señor Edmundo de Péreux, dijo Antonina.

—Edmundo! . . . sí, precisamente Edmundo se llama! ¡Ya la habia yo dicho á vd. su nombre de bautismo? preguntó Nichette.

—No, pero he encontrado su tarjeta en el gabinete de mi padre. . . . ahora me acuerdo, respondió la doncella ruborizándose.

—En efecto, segun he oido, debia venir á hacer una consulta á su padre de vd. . . . Tenia un mal ligero, pero su madre se inquieta por tan poco, que ha querido tranquilizarla.

—Y se ha tranquilizado?

—Completamente, contestó Nichette, quien hablaba de esta manera para no quedarse callada, y para aparentar que ignoraba el motivo verdadero de la visita de Edmundo.

—¡Pobre muger! pensó Antonina; nada sospecha.

Luego añadió en voz alta:

—Ayer fué cuando vino.

—Y ¿no ha venido hoy en la mañana? preguntó la griseta.

—No.

—Está vd. segura, señorita?

—Oh! sí, muy segura, murmuró la señorita Devaux ruborizándose de nuevo. ¿Debia venir hoy?

—Me pareció haberlo encontrado en esta calle no hace un momento.

Antonina nada respondió y bajó los ojos. Como ydes. verán, Nichette la perseguia hasta en sus últimas atrincheramientos.

—He de menester, dijo al cabo de algunos instantes la hija del médico, un figaro para esa señora que vió vd. aquí, y que envié á casa de mi costurera.

—¿De este género? y la modista enseñaba uno nuevo.

—Sí, así como ese.

—El compañero lo he vendido á la señora de Péreux.

Antonina no abrió los labios; temia haber hablado ya demasiado de Edmundo, y sin embargo, ni aun sospechaba que Nichette tuviera tanto interes en saber lo que ella pensaba y decia de él. La modista comprendió muy bien aquel silencio forzado; pero se prometió hacer hablar todavía mas á la inocente niña.

—Sí, continuó; su mismo hijo fué quien es-



cogió este figaro. ¡Tiene un gusto tan esquisito...! ¡Figúrese vd., señorita, que él se ocupa tanto de su madre, como un hermano de su hermana, como un marido de su esposa...! Merece ser muy dichoso, y sin embargo...

—Y sin embargo... repitió Antonina.

—Y sin embargo, replicó Nichette, desde hace dos ó tres dias no sé lo que tiene; pero me ha parecido triste, ó cuando ménos pensativo... se conoce que algo lo preocupa fuertemente. Su madre me hablaba de esto mismo ayer... Su madre me ama mucho, me conoció muy niña y me cuenta todos sus pesares.

—¿Y no sabe lo que pone pensativo á su hijo? preguntó Antonina, haciendo pasar el encaje por sus dedos, y aparentando ocuparse mas de la calidad del dicho encaje que de lo que decia.

—Sí, señorita... Oh! su hijo nunca la oculta nada...

—Y... ¿qué tiene?

—Quería casarse...

—¿Pues por qué no lo hace?

¡Tendremos necesidad de decir que el corazón de Antonina palpitaba con violencia desde el principio de esta conversacion, á la cual se dejaba arrastrar irresistiblemente, por mas que se decia era mal hecho hablar de aquella manera con una muger á quien no conocia, y que cuando ménos sorprendia su secreto?

Pero, en realidad ¿podia temer la candorosa

niña dejar conocer un sentimiento de que ni aun ella misma podia darse cuenta? En cuanto á adivinar que Nichette fuera algun comisario de Edmundo, era tan inocente, tan pura, que aun cuando se lo hubieran dicho, no hubiera creídolo.

—No se casa, continuó Nichette, porque ignora todavía si la señorita á quien ama, le corresponderá.

—Nunca la ha hablado?

—Jamás; la ha visto solamente.

—Y con solo verla la ha amado?

—Sí; es muy extraordinario, ¿verdad, señorita? mas parece que esa señorita es tan bella, tan graciosa, que tiene un aspecto tan dulce, tan confrontable, y tan casto, que no se necesita otra cosa mas que verla una sola ocasion para amarla con toda el alma...

La modista se detuvo, porque creyó haber ido muy léjos.

—Mire vd., señorita, añadió con rapidez: aquí tiene vd. cuellitos de punto con una valenciana, muy sencillos, pero propios para una jóven.

—Sí, sí... balbuceó Antonina; ese cuello es de muy buen gusto... lo tomaré sin duda...

—Es decir, que las dos fallitas y el cuello...? dijo Nichette, que queria dejar á la señorita Deveux el tiempo de reponerse de su emocion.

—Sí, respondió ésta, sin saber lo que decia.



Nichette se levantó.

Si Antonina no hubiera contenídose violentamente, la habria dicho:

—¡Cómo! ¿ya no me habla vd. mas de Edmundo?

Nichette, que no separaba de ella su vista, adivinó lo que pasaba en su corazon, porque no hay diplomático mas hábil que una muger; pero para no dèscubrirse, hizo el propósito de esperar otra vez que la hija del médico trajera ella misma la conversacion al punto que á ámbas convenia.

—¡Nada mas le agrada á vd? preguntó la modista cerrando su caja.

—No, gracias; respondiò Antonina.

Nichette recogió sus guantes que habia dejado sobre la chimenea, y se los empezó á poner con mucho espacio, á fin de dar á Antonina el tiempo necesario para que hallara el medio de anudar la conversacion sobre Edmundo.

Pero la jóven, sin esperiencia, se devanaba en vano la mollera.

Para ella no habia ya duda de que el señor de Péreux estaba enamorado de ella, y le agradaba mucho que se lo dijeran; pero no se atrevia á hablar del asunto. Miéntras mayor era el silencio que reinaba, mas difícil se le hacia hablar á Nichette de Edmundo, á riesgo de que ésta, cuando ménos, se admirara de semejanta curiosidad.

—Pues bien, señorita, dijo la modista cuando se hubo puesto los guantes, dejó á vd. . . . pero espero que tendrá vd. la bondad de seguir siendo mi marchanta!

—¿Dónde vive vd? preguntó Antonina.

Nichette la dió las señas de su casa.

—Voy á pagarla á vd., dijo la señorita Devaux.

—Es inútil, señorita, vd. me pagará esas tres piezas otra ocasion . . . cuando nuestra cuenta sea mas considerable, dijo sonriendo, y se dirigió hácia la puerta.

Entónces Antonina, al mirar irse á la modista, quiso decirla una cosa que no queria decir mas bien que hablar de Edmundo.

En el momento en que Nichette ponía la mano sobre el picaporte, Antonina la dijo con un acento lleno todavía de indecision:

—Señorita . . .

Y, llena de rubor, bajó los ojos, porque no sabia qué añadir.

—¿Tiene vd. algo que decirme, señorita? dijo Nichette.

—Sí . . . cierre vd. esa puerta.

Nichette obedeciò.

—Lo que voy á decirla á vd. va á parecerla muy estraño . . . pero la confieso á vd. que ese señor de Péreux me interesa mucho.

Nichette abrió la boca para responder.

—Voy á esplícarme, añadió Antonina; me



interesa, en razon á que sé sobre él una cosa muy grave, de la que solo mi padre y yo tenemos noticia.

—Qué cosa es?

—El señor Edmundo está mas enfermo, mucho mas enfermo de lo que él cree. Puesto que vd. lo conoce, hágale entender que es necesario que se cuide... que viaje; no, que no viaje, pero que se cuide mucho, y que venga muy á menudo á ver á mi padre, quien lo tratará como á un hijo... Ya comprenderá vd., señorita, ¿no es cierto? que debo interesarme por ese jóven desde que he sabido que su salud, que su vida, están gravemente comprometidas...!

Nichette que no aguardaba aquella confianza, y que estimaba á Edmundo como á un hermano, se puso muy pálida.

—¿Es verdad, lo que vd. me dice, señorita?

—Demasiado cierto, por desgracia.

—El señor Edmundo está enfermo?

—Y de mucho peligro!

—¿Con que Gustavo no se engañaba...! murmuró Nichette.

—¿Qué dice vd? preguntó la señorita Devaux.

—Digo, señorita, respondió Nichette con una emocion que no la era posible ocultar; digo, que vd. es un ángel, y que ya no me admiro de que Edmundo la ame tanto...!

—¿Qué significa eso...? exclamó Antonina.

—Significa, señorita, que es ya inútil el fingimiento... que esa encantadora jóven á quien el señor de Péreux ama, es vd.... y que vd. lo ama á él, tal vez sin conocerlo vd. misma... pero este es un secreto entre nosotras dos, y le juro á vd. que á nadie lo revelaré. Un dia yo la esplicaré á vd. todo ésto, y verá vd. cómo me debe estar reconocida por lo que hago... Piense vd., niña, que Edmundo está enfermo... que el mas ligero pesar puede agravar su mal, y que su vida y su felicidad están entre las manos de vd....

Antonina estaba confundida por aquella confesion que habia dejado escapar la emocion de Nichette; pero bien pronto respondió con todo el candor de su alma, y como si hubiera adivinado sus necesidades de mas esplicaciones, que estaba tratando con un corazón semejante al suyo, reveló todo lo que sabia á la modista, y concluyó diciendola:

—No diga vd. nada de esta enfermedad á su madre.... Se le salvará sin que ella lo sepa.

—El amor de vd. bastará para ello... ¡Va á ser tan dichoso cuando sepa que vd. lo ama!..

—Pero yo me he dicho...

—Silencio! exclamó Nichette; alguien viene.

En efecto, la señora Angélica acababa de volver, y abrió la puerta del aposento de Antonina.



—Ya tiene vd. las señas de mi casa, señorita, dijo Nichette: si desea vd. algo, no tiene que hacer mas que escribirme. . . . vendré inmediatamente.

Antonina, á quien en aquel momento le habria sido difícil hablar una palabra, respondió con una señal de cabeza.

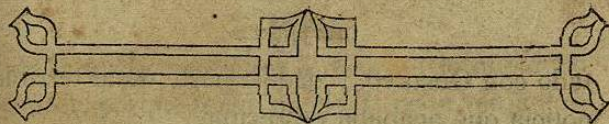
Nichette las saludó y salió.

—Tendrá vd. su vestido con pasamanería color de rosa, dijo Angélica á Antonina.

—Muy bien, contestó ésta: hé aquí un figaro para vd., mi querida señora Angélica, ¿le gusta á vd?

—¿Tiene cabalmente listones punzō . . . ! Ah! querida niña, que buena es vd. en pensar en mí. . . .

Y la buena señora viuda abrazó con efusion á Antonina, para darla gracias por su galantería.



CAPITULO XIV.

¡UNA FATALIDAD!

Quando Nichette se habia presentado por la mañana en casa de Antonina, ni aun por asomos se imaginaba el resultado que su visita habia tenido. Fué confiada y alegre, á fin de saber si Edmundo tenia algunas probabilidades de ser amado, y volvia triste y conmovida, despues de haber sabido que el pobre jōven se hallaba atacado de un mal, que ponía su vida en peligro.

Nichette estaba aterrorizada.

La enfermedad, el temor, la tristeza, eran estrañas á sus costumbres, que su corazon se impresionó profundamente con lo que la habia dicho la señorita Antonina. . . . ¿Qué iba á contestarle á Edmundo cuando viniera á las dos, segun le habia dicho. Hubo un momento en que la vinieron ganas de marcharse de su casa. Todo lo miraba de un color sombrío, y no queria hacer ni decir nada, ántes de haber consul-